

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



ANUARIO 32

LA PAZ - 2023

ANUARIO

32

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

2023

ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA
Correspondiente de la Real Española
Volumen 32-2023

Coordinador del Anuario

Hugo César Boero Kavlin

Concejo Editorial

Hugo César Boero Kavlin

Tatiana Alvarado Teodorika

José Roberto Arze

Blithz Lozada Pereira

Diseño de tapa

Alvaro Velasco Delgadillo

Diagramación

Fernando Alvarado Flores

Academia Boliviana de la Lengua

Correspondiente de la Real Academia Española

c/o Universidad de Aquino – Bolivia.

c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.

Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381

Correo electrónico: aboldelalengua@gmail.com

Página web: www.academiadelalengua-bo.org

La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4 -1-1828-2023

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2023

Poesía erótica

| Alfonso del Granado

Introducción

De acuerdo al diccionario de la Real Academia Española la palabra erótica: «viene del latín *eroticus*, perteneciente o relativo al amor sensual. Dícese especialmente de la poesía amatoria y del poeta que la cultiva».

Es una lírica especial en la que el cuerpo apasionado, embebido por la sensualidad despierta nuestros deseos dormidos.

Desde un comienzo el Eros se ha relacionado íntimamente a la poesía, y se la conoce desde las épocas del poeta hindú Kalidasa y algunos poetas chinos. Este tipo nuevo de poesía se esparció por la vieja Europa y el mundo entero, manifestándose en hermosos versos; hasta amalgamarse en un conjunto armonioso, que constituye un verdadero ramillete de poemas sensuales, donde el sexo, el éxtasis y el placer infinito andan completamente unidos y florecen como un capullo que se abre al ser penetrada por las gotas ardientes de un rocío celestial.

Este nuevo tipo de poesía fue condenada a muerte desde su nacimiento, pero luchó a brazo partido contra las críticas religiosas, hasta triunfar y establecerse. Liberándose de este prejuicio primero el hombre y luego la mujer, y ambos la adoptan para plasmarla luego en papiros y papel, y así difundirlas por el mundo entero.

En la actualidad la europea Alfonsina Storni que se crió y vivió en Argentina liderizó este movimiento, al igual que lo hizo Bécquer, mucho tiempo antes en nuestra amada España.

La poesía erótica comienza en España a fines del siglo XIX, hasta alcanzar la cumbre durante el modernismo. Y aparecen revistas como *La Saeta*, y antros musicales, cafés y restaurantes donde la gente acude extasiada a escucharlas, presenciarlas y vivirlas. A este movimiento se une la pintura y la fotografía hasta convertir a la poesía erótica en parte importante de nuestra vida artística.

Y aparecen artículos que dicen: «En el marco de nuestra cultura grecolatina, Safo de Lesbos, merecedora del Olimpo según Platón, es la voz antigua que ha sabido conmovernos con una obra casi perdida».

La poesía erótica según los cristianos atenta contra la castidad y virginidad de la mujer y les hace perder la virtud de sus virtudes, que era la de entregarse vírgenes al matrimonio y prostituye a las esposas al convertirlas en objetos sexuales libidinosos.

No tardan en aparecer los musulmanes con su poesía hispano-árabe completamente sensual, que sin miedo ni prejuicio alguno escriben y relatan poemas amatoriamente amorosos, magníficos y totalmente sensuales. Se escriben romances que despiertan la libido y son declamados por decenas de artistas y devoran los sentidos de los oyentes como un incendio selvático que no se apaga. Versos que dicen:

«Amigo mío, decídete
ven a tomarme ahora
bésame la boca,
apriétame los pechos,
junta ajorca y arracada.
Mi marido está ocupado».

Pero recién en el siglo XX podemos decir que la poesía erótica es ampliamente admitida, al igual que la romántica y la épica. Es importante mencionar «La Perfecta casada» de Fray Luis de León. Y se describe al cuerpo como la prisión

del placer y del alma. Así como un cerebro de un anciano, por más lúcido que se encuentra, está encarcelado en la cárcel de su propio organismo. Y muchas religiosas encerradas en los conventos empiezan a escribir sus sensaciones íntimas y sus deseos ocultamente prohibidos. Así tenemos a Santa Teresa, sor Hipólita de Jesús y muchas no tan santas.

Milagros Salvador dice:

«La poesía erótica representa, dentro de la poesía amorosa, una lírica especial de la pasión que exalta el deseo y acepta el cuerpo como el elemento sustancial en el gozo de la sensualidad.

En el marco de nuestra cultura grecolatina, Safo de Lesbos, merecedora del Olimpo según Platón, es la voz antigua que ha sabido conmovernos con una obra casi perdida, junto con otros nombres como Asminda de Creta, Corina de Tanagra y Tesulea, no por menos conocidas, menos importantes.

En la Edad Media, las *Frauenlieder* representaban una forma de poesía femenina marginal y popular, con temas de carácter amoroso erótico, contra la que reaccionó la Iglesia condenando en los concilios sus «cantos diabólicos y obscenos».

Escritoras medievales como Condesa de Día, María de Vetadorn, Christine de Pizan, entre otras, nos han dejado poemas escritos desde el sentimiento de ser mujer aunque, como «trovadoras», están más cerca del amor cortés que de la poesía erótica propiamente dicha».

Y en América aparece la uruguaya Delmira Agustini, acaso la más representativa de muchas, a la que Alberto Zum Felde llama: «terrible sacerdotisa del eros». Ella escribe «*El rosario de Eros*» con brillante lirismo; «por primera vez, una mujer joven y bella abrió su corazón con impúdica desenvoltura y en un lenguaje tan audaz como poético», como dice de ella Sara Roldán.

En su poema «A Eros», escribe:

«Porque haces tú can de la leona
más fuerte de la vida y la aprisiona
la cadena de rosas de tu brazo
porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
esencial de los troncos discordantes
del placer y el dolor plantas gigantes».

En «Visión»:

«Te inclinas a mí, como si fuera
mi cuerpo la inicial de tu destino
en la página oscura de mi lecho...»

Juana Fernández de Ibarbourou publica «Sueño»:

«¡Beso que ha mordido mi carne y mi boca
con su mordedura que hasta el alma toca!
¡Beso que me sorbe lentamente la vida,
como una incurable y ardorosa herida!»

Leamos «Tú me quieres blanca» de Alfonsina Storni:

«Tú me quieres alba,
Me quieres de espumas,
me quieres de nácar.

Que sea azucena
sobre todas, casta.

De perfume tenue.
corola cerrada
ni un rayo de luna
filtrado me haya.

Ni una margarita
Se diga mi hermana.

Tú me quieres nívea,
tú me quieres blanca,
tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.

Tú que en el banquete
cubierto de pámpanos
dejaste las carnes
festejando a Baco.

Tú que en los jardines
negros del Engaño
vestido de rojo
corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía
por cuáles milagros,
me pretendes blanca
(Dios te lo perdone).
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone).
¡Me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,
vete a la montaña;
límpiame la boca;
vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas;
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua;

habla con los pájaros
y lévate al alba.

Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nívea,
preténdeme casta».

Otro ejemplo tenemos con «Fecundación» de Javier del Granado:

«Por la angustia del germen torturada,
se entregó con lujuria de pantera,
mordiendo estremecida, la faz fiera,
del Capitán de barba azafranada,

Y en los brazos del trópico estrujada
su carne de fragante adormidera,
floreció como roja primavera
bajo el peso de Febo, calcinada.

Y la ardiente cantárida del sexo,
ebria de sangre, palpité en la herida
del misterioso término convexo.

Gimió la hembra, estremecida y loca,
en el supremo goce de la vida.
Y una bermeja flor se abrió en su boca».

Y «Bajo los tarcos»:

«Fue bajo un tarco, en el silencio aldeano,
desgarré los encajes del corpiño,
y gimieron dos tórtolas de armiño
en el nido de fuego de mi mano.

El oro del crepúsculo serrano
baño su cabellera en desaliño,
sentí en su entraña fecundar un niño
y ardió en mis venas el amor pagano.

Sangró la flor, se derramó su aroma,
mi labio ardiente estranguló un sollozo
y estremeció sus muslos de paloma.

Rodó una estrella de sus ojos zarcos,
y abandonando el alhamí musgoso,
huyó... y el cielo floreció en los tarcos».

He por mi parte ensayado algunos poemas en este género, los cuales os los ofrezco ahora:

Ocho piezas de poesía erótica por Alfonso del Granado Anaya

I

Vi sus pálidos muslos

Una ilusión pasó rasgando el tiempo,
y en la negrura yerta de una noche de invierno,
sentí dos manos frías sobre mi sien sombría,
un murmullo de voces y gemidos
que más que locos cantos parecían quejidos.

Una vela que ardía trocó su luz en sombra,
y era esa sombra, sombra del amor y la vida.
Y la ventana vieja de la casona mía,
se abrió pesadamente.

Yo me hallaba confuso y el frío me mataba,
más de repente alzando mi voz acrisolada,
con la negrura bruna de esa noche de sombra,
pregunté quedamente si era mi dulce amada
y esa sombra en la noche ya no me dijo nada.

La forma se acercaba despacio a mi aposento,
era una bella dama, mi luz, mi pensamiento,
y sus labios reían cual pálidas violetas.
Oí que aquella sombra despacio susurraba,
«Yo soy tu amante, amado, que entró por la ventana.
Para dormir contigo, mi noche está estrellada».

Vi sus pálidos muslos, reflejo de la luna,
vi su vientre cautivo con su pubis de nácar,
vi la albura en sus pechos, y en su forma una estatua.
Se movió quedamente ingresando a mi lecho,
sentí el calor divino de aquel cuerpo que mata,
y bebí de sus labios fuego de amor prohibido.

La amé un momento y nada
cambió su faz de cera,
la hice mía en la noche y ella no dijo nada.
Más sentí que su cuerpo perdía su armonía,
y su carne de flores, en huesos se tornaba,
y en su boca, cual rosa, la sonrisa brotaba.

Era la muerte, amigos, que pernoctó conmigo,
y esa noche de sombras sutil y misteriosa
huía con la dama que pernoctó conmigo,
aquel azul camino, fugaz, cual mi destino.

II

Ternura

Quisiera ser rocío del relente
para colmar tus ansias de ternura,
quisiera ser, la fuente de agua pura,
para darte de beber mi agua ardiente.

Quisiera ser el Halo del poniente
para nimbar de ensueños tu figura,
y ser también, los brazos del torrente,
para estrechar en ellos tu cintura.

Quisiera ser tu vida y ser tu muerte,
y fecundar tu fosa con mis besos,
porque vencí al destino con mi suerte.

Pues vi en tus pechos, de combadas lomas,
dos pezones piando por mis besos
y una blanca nevada de palomas.

III

La virgen sepultada

Una mano pase sobre aquel vientre
moldeando sus líneas y figura,
poco a poco esculpí su gracia pura
llegando al fondo sacro de su fuente.

Mis ansias escapaban locamente
de la armonía de su cuerpo frágil
y de su pubis, cual nívea melodía,
emergían las notas de su canto.

Mis deseos bajaban lentamente
y con ellos su sexo palpataba.
Mas llegando al volcán de su figura,
sentí que sus dos labios me besaban,
y rasgando el capullo de la vida
mi mano entre sus piernas suspiraba.

Era una virgen morena y dolorida,
y mis dedos ardientes la exploraban.
Un húmedo calor de primavera
emergía del fondo de su fosa
y aquél néctar de virgen anhelante
embriagaba de amores el ambiente.

Musitaba palabras trasnochadas
y sus ojos sedientos me llamaban
como agua cristalina en el desierto.

Y aquella virgen dulce y suplicante
sería mía como yo del tiempo.
Nuestros ojos de nuevo se cruzaron
y anhelantes los cuerpos se
buscaban.

La contemplé de nuevo suavemente
y sus ansias de amar me
arrebataban.

Yo estaba ciego y ella ante mis ojos
Se deshojó cual pétalos, doliente.

Su cuerpo se mecía tiernamente
y sus olas sin fin me trastornaban.
Yo era una frágil barca que bogaba
y ella la mar azul que permitía
en medio de borrasca tenebrosa
anclar en aquél puerto majestuoso.

Y al contemplar la estrella rutilante
que, cual faro de amor, me socorría,
caí sobre la virgen anhelante
como un rayo de fuego que desgarró
la recóndita gruta del pecado.
Y en medio de sollozos, yo exploraba
aquella selva de virgen desflorada.

IV

Amor sin despedida

Deja cantar mi lira estremecida
bajo el embrujo de tu amor radiante,
que abrió en mi corazón fatal herida
aquella noche excelsa de diamante.

Soñé contigo desnuda entre mis brazos,
me besabas, amada de mi vida,

colmando de alegrías la florida
senda de nuestro amor, amor sin despedida.

Yo bebí de tus labios, hoy perdidos
fuego de amor, y siento que me mata,
anhelos de vivir los tiempos idos
de los sueños de ensueños que nos ata.

Fue una noche fugaz, cual una estrella
al albor de la luz de otra mañana,
sentí la ausencia y la fragancia de ella
y amé las claras noches sin mañana.

V

Poema XV y medio

Te adoro cuando miras, con tu mirada ardiente,
y tus besos me muerden... y tus labios me evocan...
Te amo cuando me miras, y me miras doliente,
y en tu cuello mis besos, en suspiros se trocan.

De tus labios inquietos, donde un beso florece
tu cuerpo tan nervioso, como una flor se ofrece,
la figura es sin forma, y la noche es eterna.
Mi corazón se rinde, a ti, tan dulce y tierna.

En tus ojos de lago donde mi amor perece,
inocente y sencillo un suspiro se mece,
apareces en sueños, muy distante y callada
y mi noche sin luna, amanece estrellada.

Venero cuando te ofreces suplicante y ardiente
y tus manos se agitan y tu voz se retuerce,
me gusta que me mires cuando me hallo presente
porqué al mirarme miras, y no me buscas doliente.

Te adoro cuando miras, con tus ojos ardientes,
y tus besos me muerden... tus labios provocan...
Tu figura es sin forma, y mí noche es eterna.
Y en tu boca mil besos, en suspiros se trocan.

VI

Y beberé el néctar de tu boca

(A mi primer amor)

Esta vez no me voy
aunque me botes,
tú vendrás sin que
te llame.
Me quedo para siempre
entre tus brazos
y no te escaparás
rompiendo nuestros lazos.
Nunca me negarás
tus besos,
que brotarán como
presos,
entre tus labios
traviesos.

Recorreré tu cuerpo
suavemente,
y beberé el néctar de tú boca
lentamente,
embriagando de amor
mis ansias locas,
que perturban mi ser
y me torturan,
sombras del amanecer
tras noche oscura.

Te quitaré la ropa
una por una,
y morderé tus pechos
tersos y satisfechos,
cubiertos por el corpiño
de los frágiles hehechos,
que brillan como brillantes
ante estos ojos amantes,
bajo la luz de una luna
que mis amores acuna.

No valdrán tus suplicas
ni llantos,
no escucharé tus excusas
ni lamentos,
te haré mujer
lo juro ante el calvario,
que me envolvió por años
como oscuro sudario.

Moldearé tus formas
y esculpiré tú figura,
recorriendo tú cuerpo
con soltura,
y mis versos de amor
mostrando su galanura,
estrecharán tu cintura
con disimulado rubor,
deshojando tu hermosura
como un capullo sin flor.

Estriégate cual
novia bendecida,
desecha de tu mente
los temores,
sube con paso firme

al altar sutil
de los amores,
perfumado por el néctar
de tus flores,
y deja que te ofrezca
con furia calcinada,
el semen de una estrella iluminada

Esta noche mujer
tú serás madre,
apagando el amanecer
de esta pasión que arde,
bajo la sombra tierna
de tus largas pestañas
que arrullarán mis mañanas,
y el cántico suave
de alados ruiseñores,
contaran al viento
mis amores,
cubriéndote de caricias
y de flores,
y escucharé mil latidos
que llegaran cual gemidos,
envueltos en nuestro amor
que cubre nuestro rubor,
ofreciendo nueva vida
bajo los rayos del sol.

No me iré aunque
me botes de tu lecho,
destrozando un corazón
que late dentro el pecho,
hasta que la luz de un
nuevo día,
mate a flechazos
esta noche impía.

Y la luz de la alborada
cual roja llamarada,
cuente a los vientos,
como en los viejos tiempos
que siempre fuiste mía,
como mía lo fue tu cabellera
y la belleza de tus negros ojos,
y la dulzura de tus labios rojos
que muerden mi corazón,
despertando mi pasión.

Como bendigo al Señor
el ponerte en mi camino,
y al declararte mi amor
ante tu gracia me inclino,
pues yo nací para amarte
aunque el destino me aparte.

VII

En la cruz de tus brazos

En la cruz de tus brazos
yo conocí el amor,
de tu cuerpo fragante
perfume que da una flor.

Y cayendo de hinojos
besé tus labios rojos,
bajo la luz radiante
de tus celestes ojos.

En la cruz de tus brazos
Sentí que yo nacía,
cuando la noche callada
entre velas moría.

Las luces en los jardines
tras una noche estrellada,
y tu boca de jazmines
permanecía callada.

Tus tersos pechos traviesos
ulinchos de la montaña,
se entregaban a mis besos
a la luz de la mañana.

Se fue un deseo y el otro
galopando tu camino,
y en la montura de un potro
te marcaba mi destino.

Tu cuerpo sabe a manzano
perdido dentro mi mano,
tu contacto me estremece
y tu cariño me mece.

Y tu pubis cual montaña
acaricia mi mañana,
cual capullo de una flor
invitándome al amor.

Tú te encontrabas desnuda
cubierta por la alborada
tú eras mi noche soñada
donde mi cuerpo se anuda.

Tu cabellera cubría
dos pezones azorados,
que se rindieron al roce
de mis besos trasnochados.

Vi la luz de tus ojos
que sedientos me miraban,
llamándome a la conquista
con tu sonrisa callada.

En la cruz de tus brazos
me hice hombre al calor,
de tu cuerpo de magnolia
rendido a nuestro amor.

VIII Un Mar de deseo oculto

Cuando llegó el verano y estuve en el mar temprano
vi su rostro sediento y la lujuria en sus ojos,
sentí sus manos hambrientas, sentí su aliento salado
sentí el vaivén de las olas, oí el murmullo del viento.

El mar me besó en los labios, el mar me besó la boca
el mar desnudó mi cuerpo, este mar me trae loca.
Las olas me penetraron, profundo dentro mi cuerpo
sentí el orgasmo que vino, oculto entre sus olas.

La sal penetró mi cuerpo, el mar, mordió mis pezones
el mar me mordió los labios, el mar me beso en la boca.
y desde entonces acudo buscando sus tiernas olas
pidiendo que me besase, muy dentro, dentro mi boca.

*Qué belleza encierra la Poesía; como cuando Ricardo Jaimes Freyre dice:
«/—Tú un poeta. —Sí. Los campos, las montañas y los mares / vieron pasar mis
ensueños en horas crepusculares./ Yo he dejado los paisajes de mi alma en mis
cantares./» o como cuando Javier del Granado dice: «!/Poesía! ¡Poesía! Qué
inmenso es el sortilegio de su fuerza maravillosa,/ cuando pulsa con sus dedos
de estrellas, el arpa del corazón/»; y yo diría: Que estos poemas son eternos,
porque fueron escritos con rocío de estrellas y sangre de crepúsculos...*

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

Este volumen se terminó de imprimir
el mes de abril de 2024 en la imprenta
"Beltran: Impresiones y estrategias"
Calle Fray José Veñasco N° 1743
Tel. 2200959, La Paz.
e-mail: gobeltran@gmail.com



ANUARIO
32